

Cambio de Domicilio

Por Yael Vargas

Tamara me mira por un instante desde el otro lado de la mesa. Los remanentes del té se han enfriado, y en los platillos quedan solo migajas. Llevamos alrededor de treinta minutos sin decir palabra. Me gustaría decir que el silencio es mejor que discutir, pero en este caso, si nos gritáramos me sentiría más cómoda. Tamara está bonita. Tiene un delineador de ojos azul un poco corrido, y su cabello es abundante, vaporoso. Siempre me gustó eso de ella. Tener una mamá guapa y joven se sentía diferente. Como si de alguna forma eso significara que nuestra relación estaba repleta de secretos, confidencias y risas.

Creo que me acostumbré demasiado a pisar el suelo con los pies descalzos y encontrarme con juguetes desperdigados por todas partes. Ahora me sorprende cuando piso el suelo helado y no choco torpemente con nada, solo con polvo acumulado. Desde el primer día me prometí que no lo limpiaría, así que tozudamente me resigno a vivir en esta inmundicia.

Tamara tiene un sillón manchado frente al televisor. Cuando nos dimos cuenta que sentarnos a la mesa en silencio no resultaba beneficioso para ninguna de las dos, siguiendo nuestro estilo comunicativo, nos trasladamos calladamente unos pasos hacia el sillón para ver tele. O más bien, ella veía tele y yo me ponía los audífonos para escuchar mis clases.

—¿Estás segura de que no te quieres devolver? No tienes que quedarte si no quieres —me dice mi papá al teléfono.

—Todavía no. Estoy esperando algo.

Tamara jamás me pregunta por la universidad. Su estado general tiende más al ostracismo y al silencio absoluto. Yo también soy silenciosa. Pero a veces siento unas ganas horribles de abrir la boca, de gritarle, de tirarle el pelo, de preguntarle por qué.

¿Por qué?

Una vez estábamos viendo la tele y apareció una escena de Friends, de cuando Mónica se pone un pollo en la cabeza y Chandler le dice “te amo”. A las dos se nos escapa sin querer un sonido parecido a la risa. Nos miramos unos instantes, desconcertadas. Ella ignora, o calla, que en realidad yo había dejado de prestar atención al computador. Y yo callo, que es la primera vez que la he escuchado reír sin fingir, en un mes.

Creo que ella tampoco se explica por qué he durado tanto viviendo aquí con ella. La dejo que piense que están mal las cosas en casa, y que no me acabo de llevar bien con Sonia, que llegó

como un vendaval hace dos años con dos niños de tres y cinco bajo el brazo, y que aproveché la cuarentena para cambiar de domicilio.

De alguna manera, nos empezamos a coordinar y a sentarnos todos los lunes y jueves a ver Friends por el canal del Warner. Cuando Ross se está casando con Emily, y al momento de decir los votos sin querer se equivoca de nombre, nos volteamos a ver al mismo tiempo con los ojos brillantes. Está oscuro por el horario de invierno, y la mitad de su cara se ilumina por el solitario resplandor azulado del televisor. Tiene puesto un calentador de pies, y una manta en el regazo. Por un momento, deseo que el instante se extienda un poco más, y me gustaría decir algo como “qué vergüenza” o “qué chistoso”. Pero el momento pasa. Y ella ya volvió el rostro.

¿Es eso lo que he estado esperando?

Tamara sigue teniendo hábitos que me molestan. Se levanta tarde, cuando ya la mañana ha terminado, y se queda en pijama hasta las tres.

—No hay nada que puedas hacer tú. No es tu responsabilidad.

—Pero es mi mamá.

A las cuatro almuerza. Ella cocina, pero no es muy docta en la gastronomía, así que en general comemos arroz con huevo frito. No me molesta. Yo lavo la loza. A las cinco ya está acostada de nuevo, pero ahora en el sillón. Sé que trabaja, porque en la noche la escucho prepararse un café e irse a una habitación vacía que está al fondo del pasillo para avanzar en sus vasijas. Me gusta eso de ella. Tener una mamá joven, guapa y artista. Lamentablemente yo no saqué eso de ella. Soy más numérica, como mi papá.

¿Qué te pasó?

Han pasado dos meses. Mi papá está histérico. Como soy dada al ostracismo, no le hablo mucho de nuestras actividades acá. Me dice que me va a venir a buscar. Cree que me estoy torturando. Le digo que ya me queda poco para terminar el semestre, y que en el sur estamos en fase uno. Que no vale la pena venir a buscarme. Se pone Sonia al teléfono y me manda una oración en hindi y me dice que presiente buenas energías. Escucho al fondo los gritos de los niños, y me da un poco de nostalgia.

En este episodio aparece Brad Pitt. Hace de ex compañero de colegio, y lanza una broma pesada cuando Ross le cuenta que embarazó a Rachel pero que no se casó con ella. Tengo el computador en las rodillas, pero no lo estoy viendo. Entre nosotras hay una caja con papas fritas. Nos damos vuelta a la vez y nos reímos. Tiene ketchup en el labio.

Es tarde. Acabo de enviar mi prueba final y escucho que me llama. Está en su habitación especial. Me paro en el marco de la puerta y la veo sentada de espaldas a mí, con una masa extraña ensuciándole los dedos. Me dice que pase. Sin mirarme, me pide que tome asiento frente a ella. Es un cuarto muy bonito. Tiene plantas y repisas con los trabajos que no ha podido vender. Debe ser el lugar más pulcro de toda la casa, y siento envidia de una maldita habitación. Se nota que la cuida bastante. Me hace señas para que meta las manos en la arcilla. Me da un poco de asco.

No hablamos durante lo que parece una hora y media. Pero ya no quiero gritar.